De Román había poco que contar.

Todos sabían que era huérfano desde los once años y sin familia próxima que hubiese manifestado interés en su persona. De la familia lejana, mejor omitir comentarios. Como si no existiese. Su madre había muerto joven, víctima de un violento accidente de tráfico. Su padre, ausente del mundo desde que perdió a su mujer, murió un mes más tarde en un accidente producido durante unas maniobras militares. Hubo quien dijo que era una muerte deseada. Otros dijeron que no era capaz de mantener sus aptitudes y que no estaba en condiciones para realizar aquella actividad. Un compañero y amigo de su padre accedió a ser su representante legal y cuidar de que Román tuviese formación. No así del vacío emocional. Acabó internado en el Colegio de Huérfanos de la Armada de la calle Arturo Soria de Madrid. Los veranos los pasaba en campamentos militares que dependían del Instituto Benéfico de Huérfanos de la Armada, como era el de la Base Naval de Rota. Fue una vida espartana y desprovista de afecto. Se perdió la adolescencia. A cambio aprendió a tener autodisciplina, coraje y autosuficiencia. La literatura y la música se convirtieron en sus mejores compañeros de viaje, por no decir que los únicos. Parte de los estudios, que recibía, tenían una considerable componente castrense y estaban orientados a la posibilidad de que se hiciesen militares profesionales. Él lo descartó, pero el tiempo que estuvo allí aprendió todo lo posible de esa actividad y sus estrategias. De las enseñanzas que más enraizaron en él, fueron el análi­sis del enemigo y del campo de batalla previo al encuentro, y la importancia y metodología de la ocultación de las armas propias. Aplicados estos conocimientos en la vida le resultaban provechosos. Fueron básicos para imbuirse de la apariencia de seguridad y determinación, ficticias, que los demás agradecían y que a él le libraban de evidenciar sus dudas y temores, sus angustias y su melancolía interna. Su fragilidad recubierta de un armazón de niño adulto a marchas forzadas. Suficientes para armar una coraza de decisión para una guerra que no quería, pero que debía librar. La guerra de una vida sin objetivo, como todas las guerras. La construcción de una vida sin cimientos, inestable y con el tiempo tasado en virtud del agotamiento de la resistencia de los materiales que la componen. Una vida en la que dejarse llevar a merced de los acontecimientos sin rumbo y sin sentido. Una vida de contenida amargura no mani­fiesta. ¡Qué sencillo era silenciar todo aquello! En realidad ni siquiera era preciso. ¿Quién quería saber lo que pasaba en su interior? Nadie. ¿Para que? No era asunto que concerniese a nadie. Cada cual aferraba su mástil y dejaba al designio divino la singladura de los demás durante la tormenta. Es el «modus operandi» para llevar a la práctica los conocimientos teóricos enseñados por los profetas de la nobleza humana: confraternidad, solidaridad, empatía, comprensión,…la lírica de lo absurdo o lo absurdo de la lírica.

Esto, acompañado de la natural soledad que le había deparado la vida, hizo que se convirtiese en una persona reservada en la primera toma de contacto y que pocas veces dejaba translucir sus sensaciones. Así ocultó a todo el mundo que tiene hipertrofia de la memoria eidética, memoria fotográfica en términos coloquiales menos grandilocuentes, aunque se he librado, al menos eso cree y desea, de convertirse en un «idiot savant». ¡Insisto!, cree. Habría que preguntar a los de­más. Intuía que no habría unanimidad de opiniones, cuando menos respecto a la parte de «idiot». Respecto a «savant» posiblemente tampoco, dado que esto requeriría que el interlocutor reconociese estar en un plano intelectual inferior. Difícil de asumir o al menos poco frecuente. Analizado fríamente: ¿habría otro calificativo más adecuado para su comportamiento con Lelia? Esa tara o virtud, según quien la valore, lo había dotado de una capacidad para el cálculo y los idiomas muy superior a lo normal, una enorme memoria y el don o la tragedia de recordar al detalle cualquier cosa que veía unos segundos. Tema distinto era saber qué hace con tanta información y sobre todo si esta información era de carácter emocional. Tener vastos conocimientos y manejar las emociones son cuestiones sin ninguna interrelación. Cuando la naturaleza, Dios o el Universo, distribuyó las neuronas por el cuerpo humano no puso ninguna en el corazón. Ni siquiera dejó una vía abierta directa para el trasvase de información entre este órgano y el cerebro, en el caso extremo de gente dotada del mismo. El único capricho que se permitió en este sentido la naturaleza fue desplazar gran parte de las neuronas masculinas, en algunos seres de la espe­cie, de la cabeza superior a la inguinal. Pero no al corazón.

Cuando comprendió, por primera vez, que le pasaba algo anómalo, que era distinto a la mayoría de sus congéneres, se asustó. Poco a poco aprendió a sacarle provecho manteniéndolo oculto, simulando ser un individuo normal, un prototipo oficial, un ser homologado, una persona aceptable. Con mucha memoria y mucha facilidad de cálculo, pero normal, adaptado a lo previsto y deseable. No le dijo a nadie que maneja perfectamente diez o doce idiomas. Disi­muló toda la carrera haciendo ver que le costaba aprender las asignaturas, para no sufrir el rechazo de los que se tenían que esforzar para lograr los mismos objetivos, y dedicaba el tiempo sobrante a estudiar otras actividades que le apasionaron. Mientras los demás estudiaban cálculo, estructuras e instala­ciones, él se hizo un experto en historia, arte, criptografía e informática que manejaba a su antojo. Entre otras cosas se permitió desarrollar sus propios programas informáticos, bases de datos y de cálculo que después, profesio­nalmente, le permitieron ejecutar el mismo proyecto que sus colegas aplicando la décima parte de esfuerzo y trabajo. En cuanto logró asimilar su diferencia comprendió que lo debía ocultar para no ser señalado por los demás y poder tener una convivencia normal. O casi convencional. Eran evidentes sus limitaciones para expresar los sentimientos afectivos, aunque se entre­naba para superarlas y aprender a manifestarlos. Había que reconocer que aquellos entrenamientos habían tenido poco éxito.

*Quizás esto ayudase a que te perdiese en su día, cariño. A que no supiese quererte como te mereces. A veces me despierto llorando, porque me asusto de mi soledad y la falta de amor en mi vida. Tampoco esto lo sabe nadie. Sería complejo de explicar. Lo peor es que dudo que tenga solución. Quizás esté condenado a vivir sin verdadero amor toda mi vida. No se puede tener todo en esta vida y por algún motivo, que desconozco, el día que repartían las capacidades afectivas yo falté al sorteo. En realidad, capacidad afectiva si tengo. Lo que no sé es hacerla ver a los demás. Parezco frío e indolente. Casi el perfecto militar. Ni militar, ni perfecto. En silencio las lágrimas caen por mis mejillas, con demasiada frecuencia, sin causa aparente. Es una gota solitaria y caudalosa. Solo se necesita un leve impulso. La percepción de un halo de sentimiento ajeno que hacer propio durante un segundo. Una vivencia triste que pase como una sombra fugaz por mi vida. Un beso perdido que alguien deja en el viento y que durante un breve lapsus de tiempo acaricia mi dermis. Un recuerdo, ahogado en la conciencia, que no dejo manar. Un lamento, sote­rrado en mis pulmones, que durante una brizna de vida acongoja mi pecho. Después la soledad y la huida hacia ninguna parte. Hacia delante de nada. Hacia una nueva oportunidad de ninguna cosa. Hacia una cascada de la que nunca se pueda retornar para interrumpir el ciclo de la desesperanza. Anclada en el recuerdo, estás tú. Como quimera sólida a la que aferrarme en el intento desesperado de evitar sucumbir a la caída. Pero tú no sabes de la necesidad que tengo de asir tu mano, de notar tu vida en mis dedos, de saber que hay alguien que comparte este amor que revuelve mis entrañas, y de que ese alguien seas tú.*

Una semana al año, en verano, y otra, en Navidad, iba a casa de sus tíos Manolo y Olivia. No es que ellos no le quisiesen. Es que bastante tenían con los suyo. Con mucho trabajo y más penuria sacaban adelante su familia.

Poco después de casarse, su tío sufrió un envenenamiento por metanol mezclado en el alcohol etílico de una bebida adulterada. Una noche de sábado habían salido con varios amigos, estuvieron de copas y terminaron en una discoteca. Quedó ciego. Nunca se pudo demostrar el origen exacto de la bebida y no se le imputó la responsabilidad a ningún local ni a ningún distribuidor de bebidas. No hubo indemnización. Solo engrosó una lista de afectados-olvidados. Uno más de la comarca que sufría las consecuencias de aquel envenenamiento que las autoridades prefirieron silenciar, dejar que muriese en el olvido. Ya habían nacido su primo Germán y su prima Oli. Su prima era Síndrome de Down, un ser especial lleno de amor que había llegado a su vida, pero que necesitaba demasiada atención para una familia saturada de necesidades. Germán iba a ser un «macarra» violento y drogadicto. Un castigo extra inmerecido, una injusticia divina, una plaga más que sumar a la dura existencia que les había tocado. Román entendía que no le dedicasen tiempo. Lo extraño es que siguiesen teniendo coraje para pelear por sus hijos. Eran unos valientes a los que el destino les había dado la espalda. No había palabras suficientes para la entereza, la bravura y el esfuerzo diario de su tía Olivia. Tampoco para la angustia, el tormento y el desconsuelo de su tío Manolo.

El año anterior había sido económicamente bueno Román. Sabía que sus tíos estaban pasando estrecheces y que flojeaban sus recursos económicos. Les había ofrecido ayuda. Nunca se la habían aceptado. Tenían sentimiento de culpabilidad, por no haber podido ocuparse de él tras la muerte de sus padres, y esta sensación les impedía aceptar nada de él. Dos días después de la visita navideña, volvió, aprovechando un Foro sobre el románico en El Camino de Santiago, y dejó un sobre con 60.000 € en el cajón donde su tía Olivia guardaba su ropa interior. Ella supo que fue él, pero jamás le hablaría de ello a tío Manolo. Lo administraría prudente y pausadamente. Con agradecimiento infinito. A lo sumo, le apretará levemente la mano en cuanto tenga la oportunidad de hacerlo, en un acto silente e íntimo. Román se lo agradecerá con una sonrisa triste que le dejará una muesca grabada en el alma.

Después vino la Universidad. Entre lo poco que le había quedado de herencia, su pensión de orfandad y los trabajos que hacía como «free-lance» en la actualización del Catastro podía salir adelante con desahogo y permitirse sus extravagancias.

Tenía alquilado un trastero viejo y destartalado en la calle Príncipe. Era un local bajo cubierta de treinta metros cuadrados, diáfano, con un tragaluz en cubierta como única entrada de luz natural. A través de él se veían los jardines de Capitanía General y los de San Carlos, el Castillo de San Antón, la Solana y la bahía de A Coruña. Dentro solamente había una mesa central con una silla, un sofá-cama en un rincón y estanterías hechas con tableros recuperados de las obras alrededor, cubriendo la totalidad de las paredes. Allí guardaba todos sus libros y un par de ordenadores con los que hacía todos sus ensayos informáticos. En una de las estanterías estaba un reproductor de música. Su compañía habitual. Carecía de aseo ni calefacción. Pero había corriente eléctrica, teléfono y conexión a internet, gracias a un acuerdo con una anciana solitaria que vivía en la planta inferior, a la que le pagaba el total de los recibos por estos suministros. Era su refugio. A todos los efectos iba a estudiar a la biblioteca pública de los Jardines de San Carlos, que estaban a tiro de piedra. A nadie le sorprendía. Él lograba la intimidad que necesitaba para vestirse de normalidad. En realidad iba con mucha frecuencia a la biblioteca, pero solamente para retirar libros que devoraba con ansia febril de vivir otras vidas, otras experiencias que le trasladasen a horizontes trazados en papel, a espacios de libertad y sueños de gloria, pasión y éxito emocional. A recónditos universos de liberación. A todo aquello que le hiciese declinar de su rumbo original, de la dirección de la rosa náutica de su vida, de su derrota predeterminada y no escogida. A todo lo que le permitiese asocairarse y no seguir a la deriva.

La autodisciplina militar y sus capacidades hicieron que terminase la carrera de un tirón. Aquello coincidió con la marcha de Lelia. Él decidió irse también.

Hasta aquí lo que Curro sabía y lo que no debía saber. Le contó las novedades.

− Surgió la posibilidad de un gran proyecto en Arroyo de la Encomienda y me marché a vivir a Valladolid. Quise suponer que me contrataron por ser un alumno brillante en la carrera y que algún profesor, mi tutor del proyecto fin de carrera por ejemplo, me hubiese recomendado. ¡Que ingenuo!, aún era joven e indocumentado. Si cualquiera de mis profesores, de la misma manera que cualquiera de mis colegas profesionales, hubiese tenido la más mínima posibilidad de quedarse el proyecto jamás lo hubiesen dudado. Era demasiado goloso. Era una obra grande en volumen y sencilla en ejecución. Muchas viviendas iguales. Muchas. Un mirlo blanco. Suponía una cantidad de ingresos que garantizaban varios años de bienestar económico. A mí particularmente aquel trabajo no me supuso ningún esfuerzo.

Ocultó que le había permitido comprar, definitivamente, el trastero de la calle Príncipe y un local anexo. Los unió y reformó conjuntamente para convertirlo en su rincón coruñés. También le habían posibilitado establecerse cómodamente en Valladolid y dedicarse a sus cosillas.

− En la Fundación Cristóbal Gabarrón cursé estudios de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Encontré la satisfacción en este trabajo, el sentimiento de disfrutar con la hermosura de la arquitectura más allá de la practicidad, de la tecnología y de los presupuestos económicos. Justo la antítesis de lo que podía ocurrir de trabajar con Tomás. Devoré arquitectura clásica, historia, pintura, escultura y religión para entender que detrás de unas piedras hay y hubo unos seres humanos con dolo, sentimiento, pasión, conocimiento, enseñanzas seculares, tradición,... Con arquitectura. Aprendí a ver con los ojos del pasado, con la inquietud de quien ha descubierto la divina proporción, con quien ha vislumbrado que la luz es vida, que la referencia es la naturaleza, a sentir los edificios vivos y orgánicos. Un ser vivo integrado en el conjunto armonioso de la tierra. A escuchar sus latidos, sus quejidos, sus denuncias, sus proclamas, sus necesidades, su filosofía. A ver cómo te observan desde el paso del tiempo y la experiencia.

Entré en contacto con los Patronatos de turismo de Palencia, Burgos y León. Me involucré en proyectos de recuperación de patrimonio a lo largo del Camino de Santiago. No eran rentables económicamente, pero si satisfactorios. Viví el Camino de Santiago desde quien lo conforma silente receptor de visitas, plegarias, deseos, lágrimas, confesiones y sueños de un mundo distinto, más humano y más divino aunque no se tenga fe. Colaboré también, en la misma sintonía de trabajos gratos de austero presupuesto, con la Diputación de Palencia y la de Zamora en la parte de la recuperación de su enorme patrimonio románico.

No tarde en ser miembro de la Orden del Camino de Santiago, sin pretenderlo y por invitación. Aquello me trajo de vuelta a Galicia periódicamente. Bajo otro prisma y con otras gentes, que, habitualmente, no me aportaban nada porque jugaban a ser dioses alejados de lo mundano. Estrellas custodias del patrimonio sin llegar a entender nunca que el único valor real es el de la fusión de sentimientos entre la humanidad y su historia, la conexión entre la piedra y la carne. No obstante, siempre hay de quien aprender y personas sensibles distantes del estrellato, que viven con pasión cualquier minucia. De ellos, de ese manantial de cultura y sentimientos hay que beber. Estos proyectos son el aliento que insufla vida.

Los ingresos sin embargo venían de otros proyectos, repartidos unos por la costa cántabra, otros en Valladolid y alguno en la costa andaluza. Eran obras más comerciales y estándares, pero lucrativas. A todas les intento poner mi granito de arena y de vida, pero las presiones económicas se imponen normalmente. Estos proyectos son, en cambio, la comida, la cobertura básica sin satisfacción de ningún tipo.

Al año de estar en Castilla decidí instalarme en Palencia. Me acomodé en la Plaza de la Inmaculada con vistas a la Catedral, a la Bella Desconocida, en un dúplex en el que la planta baja hace las veces de estudio, salón y zonas visitables, y la parte alta es mi feudo particular. Un enclave hermoso y sereno en el que el sol penetra en las vísceras reconfortando el espíritu. El descanso del guerrero. La situación permite gozar de la vida urbana, tranquila, deliciosa de una tierra recia que sin embargo ofrece su corazón con más facilidad de lo que quiere hacer ver, con nobleza, sin aspavientos y con franqueza.

Se les acercó el único cliente, a excepción de ellos, que había en el local. Les pidió, educadamente, fuego. Se sentó nuevamente en su mesa disfrutando de un purillo.

Como cada uno había llegado en su coche se emplazaron para verse el día siguiente. Román fue directamente al hotel para ducharse, cambiarse y salir al encuentro de Lelia. En la ducha temblaba de miedo ante el inminente reencuentro. No quería volver a perderla, si es que podía recuperarla….

No tenía sentido seguirlos. Zabala preguntó al propietario si era posible tomar un gin tonic o si cerraban una vez acabados los servicios de mesa. Nuevamente fue aceptada su solicitud. Los empleados se marchaban a descansar, pero él se quedaba:

 *Soy autónomo, yo no tengo descanso, no hay prisa...hasta que se acaben las cenas aquí me tiene a su disposición*.

Zabala detectó que le gustaba conversar y que no tenía con quien. Miel sobre hojuelas, pensó. No tenían MG. Se conformó con Seagrams. Sería mejor tomarlo en la barra con el propietario. Le daría conversación…o escucharía.

Zabala sacó de su bolsillo una pequeña libreta de anotaciones y la servilleta que guardaba del bar Museo. Debía pasar a limpio las ideas del día. Empezó por las notas de la servilleta:

−Lucía.− Completó− Tomás abusa sexualmente. ¿Quién es? Todos conocen.

−Illote Areeiro.− Completó− ¿Dónde? Pepe marinero. Fueraborda grande en puerto. Acento del Este.

−Arturo.− Completó− ¿Quién/trabajo? ¿Mujer, trabajo, marido subalterno Tomás?.

Desmenuzó la servilleta antes de echarla en el cenicero. Y prosiguió con el resumen del entierro y comida:

−Propietario Coresa. Miedo, no pena. Cara de solicitar piedad a Tomás. Falsa sonrisa. Ve peligro para sí.

Dueño de bar Celso: obras para Tomás al principio, ahora también propias. Pasta B. Contactos urbanismo ayuntamientos zona. Muchas comidas a políticos y otras: coches, putas,.. Los edificios mejor situados. Visto con portugueses. Cena con yerno de Tomás en su bar reciente. Odio hija de Tomás. Altiva, soberbia. Manda más de lo que parece. Peligro público. Seguir.

−Dueño bar Celso: corresponsal de la Voz de Galicia en zona maneja toda la información/ presión a medios.

−Marido de hija de Tomás. Peligroso. Las mata callando. Falsedad. Posible hombre en la sombra o doble juego. Seguir. −Dueño bar Celso: relación portugueses ¿Duarte?− Cena Coresa- Manejo de inversiones inmobiliarias de Tomás. Estudio de Vilagarcía. Vicioso. Mirón, no «follador».

−Mujer de Tomás/ madre Lino. No pena por hijo. Preocupación. No tristeza. Punto débil. Posible confidente. Ganar confianza.- Dueño bar Celso: ¿enferma? buena persona. No quiere saber nada negocios familia. Siempre buen contacto con vecinos. Persona normal. Va poco por Vilagarcía.

−Enfermera vista en lugar de asesinato. No presente. Compañeros sí. Violada por Lino. Motivo de asesinato.

−Pintor visto en lugar de asesinato. No presente. Amante de mujer de difunto. Motivo asesinato.

−¿Quién es Alberto Fandiño?− Dueño de bar Celso: contabilidad de Tomás; hijo de Lucía−marido muerto− amante a la fuerza durante años de Tomás. ¿Quién es individuo que repasa a presentes? ¿Por qué sonríe en vez de afligido? No en lista de colaboradores de Tomás. De la ciudad. Vuelve andando y con gente del lugar.− Dueño bar Celso: por descripción Alberto Fandiño− Buen chico− Listo− Reservado-Obligado por Tomás− amenaza sobre madre.− Dirección de Lucía.

−Evaristo. Guardaespaldas. Pocas luces. No mando. Ejecutor. Dueño de bar Celso: leal a Tomás y a familia. Acompaña a hija frecuentemente.

−Miro. El más peligroso. Actúa solo. Independencia. No escrúpulos. Fuera de control organización. Pedir información Interpol. Posible eje de contactos internacionales. ¿Por qué silencia cuernos de Lino?− Dueño de bar Celso: dirige a grupos de este y turcos que están por la zona. Segundo de Tomás.

−Román. Pardillo. Está por obligación. ¿De quién? No sabe nada. Colaborará.

−Curro. Miente. Sabe más. Participa en negocios de Tomás. Manchado. Visitar oficina bancaria. Ver cuentas personales. Dueño de bar Celso. Come con Alberto. Confianza entre ellos.

−¿Lelia?

−Anita. Rara escapada del país. ¿Casualidad? ¿Trabajo de fotos?

−Illote Areeiro− Dueño bar Celso: islote de arena en medio de ría. Arqueólogos. Zona protegida: arena y restos de ruinas de celtas de hace siglos. Solo arena.

−Fueraborda grande− dueño bar Celso: dueño de conservera. Uso por varios de sus empleados…para ir a bateas…a por mejillones… ¿también de noche?

−Arturo- dueño bar Celso: trabajaba banco. Expulsado por hablar. Suerte de estar vivo. Vida arruinada. Mujer abandona y casada con empleado de Tomás. Pobre hombre. Desesperado/ posible colaborador aunque desacreditado− Visitar mujer e hijos, posible hablen.

−Pepe−dueño bar Celso: marinero. Don nadie. Solitario. Tipo sano.

Con aquella composición de la situación llamó a Pulido. Le informó de los datos recabados en el día y, especialmente, de sus sensaciones e intuiciones, de aquello que no se puede extraer de los datos. Lo convenció de que lo mejor era que él fuese el agente en la zona. Jesús reconoció que tenía razón.

Aún tenía la maleta en el maletero. Buscaría donde dormir. Celso le había hablado de un hotelillo muy agradable regentado por una mujer encantadora, Aurora, que también había tenido lo suyo con el clan. Era la mujer del «sheriff» de la Greco. Estaban separados.

Jesús sospechó de la posibilidad de que el Román que describía Zabala fuese su amigo del pasado. Era una posibilidad remota, pero sabía que había vivido en Galicia. Cabía una posibilidad. No era un nombre muy frecuente. Se inquietó. Aunque se reconfortó con la intuición de Zabala desvinculándolo de su participación. Desechó la idea y empezó a organizar los seguimientos sugeridos por su hombre de confianza. Era consciente de que rara vez fallaba.

No sabía como disculparse ante Pitusa nuevamente. Tenía para ella otra labor en su día libre. Le pidió que se acercase a la Clínica donde se sospechaba había sido realizado el aborto. La oyó gritar al otro lado del teléfono maldiciéndolo. Era seguro, por tanto, que lo iba a hacer. También que se lo iba a reprochar los siguientes seis meses. No era grave. Solo era parte de una pauta de comportamiento adquirido, que no significaba nada más que ella quería hacer constar que, solamente ella era la dueña de su vida, que no estaba dispuesta a injerencias de terceros en su vida.

− He venido cuanto antes he podido. ¿Estás sola? ¿Tienes la documentación preparada?

− Si. Aquí la tengo. …tengo miedo. No sé…tengo miedo por mi hijo. ¿Seguro que no sabrán que él es la fuente? ¡Por Dios! Es lo único que tengo. Lo que me pueda pasar a mi no me importa ya. Pero a él…

− Tranquila. Lo moveré con cuidado. Creo que en la asociación sabrán a dónde hacerla llegar y cómo, para que no le pase nada. Sabrán en quien confiar. Por otra parte no nos queda otro remedio. Si no lo hacemos dudo que ella se salve. Después de lo que le ha pasado, que por encima caiga sobre ella la ley sería lo último. Bendita sea y bendito lo que ha hecho. Que se «joda» ese «cabrón» y toda su raza. Cielo…sabes que lo debemos hacer. Recemos porque todo salga bien.

Se miraron con tristeza como si fuese la última vez que lo pudiesen hacer.

Zabala había telefoneado desde Carril para reservar habitación. Se acababa de marchar un grupo de extranjeros y quedaba una libre. Era doble y algo más cara, pero cuando José le comentó que sería para, al menos, una semana y, si se encontraba a gusto, posiblemente todo el mes, Aurora se la cedió a precio de individual. Aún no había muchos viajeros y *mejor pájaro en mano que ciento volando*.

*Le gustará. Es de las mejores. Tiene unas bonitas vistas a la ría. Se ven las islas y las bateas*.

Zabala pensó si también se vería el famoso Illote Areeiro. Cenaría allí y tomaría algo con la propietaria, si era capaz de llevarla a su terreno. Efectivamente parecía agradable, al menos por teléfono, y si era habladora podría ser interesante. Posiblemente tuviese mucho que decir, tanto por sus circunstancias personales, como por el trabajo que realizaba en contacto con el público.

Para la cena faltaban horas y la comida aún pesaba en su cuerpo, aunque estaba acostumbrado a digerir copiosas comidas. Quería conocer al periodista que le había comentado Celso. Si era bueno tendría información interesante aunque no la pudiese publicar.

Una hora más tarde estaba reunido con él en la cafetería de la estación de autobuses. Un lugar neutro, de paso, donde su presencia pasase desapercibida. El periodista estaba eufórico. Pocas veces una noticia suya ocupaba tanto espacio en el periódico. La cobertura del entierro le brindaba esa oportunidad. Exultante, habló largo y tendido, de lo habido y por haber. Negoció la exclusiva de datos de la investigación por parte de Zabala. Era su oportunidad. Quizás no lo pudiese publicar en La Voz, pero conocía a gente en El Mundo y aquella era su ocasión para dar el salto a nivel nacional. No lo pensó. Descargó todo lo acumulado. Zabala sintió compasión por aquel mozo. No tenía intención de facilitarle ninguna información relevante de «motu*»* proprio. Por parte de Pulido estaba seguro de que tampoco. Ambos tenían mal concepto de la prensa, más interesada en vender su producto que en colaborar en cualquier investigación. No dudarían en entorpecerla si con ello aumentaban ventas. No era raro que se «cargasen» una investigación divulgando datos de por dónde iba o que se pretendía hacer. Resultaba absurdo encontrarse con noticias en las que se pormenorizaban los planes de la policía para detener a los delincuentes. Nombre y datos del sospechoso; hora prevista de la detención, con información detallada por parte de la Dirección General de Tráfico del estado del tráfico, los atascos, posibles coches averiados entorpeciendo la fuga, tiempo climatológico previsto en las carreteras de fuga aconsejadas; camino, calle o carretera por el que se iban acercar los medios de seguridad; número de policías que participarían en la detención, especificando cuales tiene experiencia en actuaciones de campo y cuales son meros funcionarios administrativos; medios de los que disponía la policía para esa detención, con énfasis en la potencia y buen estado o no de los vehículos a usar; habilidades y torpezas de los policías participantes, explicando cuales no han superado las pruebas de puntería en el último control, cuales están torpes para correr, cuales tiene problemas de vista y a cuales deben considerar como los más activos en su detención para poder evitarlos; posibles puntos de fuga no cubiertos por la policía por escasez de medios; modelo, color y matricula de los coches utilizados para su vigilancia; fecha de caducidad del seguro de los vehículos policiales; litros de combustible en el depósito y autonomía de los vehículos policiales; distancia desde el punto de detención al aeropuerto más próximo y vía de comunicación menos saturada a la hora de la detención; familiares de los policías participantes y domicilio de los mismos por si a posteriori *los estimados delincuentes* querían hacerles una *ofrenda*; colegio de los hijos de los policías…Absurdo. ¿Qué se les han escapado los malos? ¡Hombre! ¿Cómo es posible? ¡Uy, Uy, Uy! ¡Hay que estar más avispados! ¿Eh?

De lo que aquel muchacho contó se extraían varias conclusiones interesantes. Algunas ya previstas.

La primera que Ricardo Lemos, curiosamente, el marido de su anfitriona Aurora, estaba en su cargo gracias a Tomás. Lo siguiente que era jugador empedernido. La relación estaba rota y Aurora era una sufridora del Clan, no una colaboradora del mismo, de hecho sabía que tenía relaciones con las asociaciones de madres gallegas que estaban alterando la tranquilidad de los narcos, aunque solapadamente para no volver a ser castigada. Corrían rumores de un romance con un médico y del castigo por ello del Patrón. También de que habían perdido la propiedad del hotel. De que el marido la había apostado y perdido. Lo que no era rumor era que Ricardo nunca echaba el lazo a operaciones de Tomás. Pulido tenía que saber con quién estaba jugando.

La historia de Lucía y Alberto fue desgranada punto por punto. Era sobradamente conocida. Él era amigo íntimo del dueño del bar La Esquina. Quedó perfectamente explicada. Casualidades de la vida: Lucía y Aurora se habían hecho amigas. Quizás el martirio las uniese, pero las coincidencias no existen a nivel de investigación. Todo fluye, todo está interrelacionado y en ocasiones cosas muy dispares converger en un punto insospechado, pero no es por casualidad o coincidencia. Siempre hay un motivo o un cúmulo de motivos y circunstancias. Hay que encontrarlas y hay que saber verlas cuando están delante.

Otro matiz. *A Tomás le toca la lotería con muchísima frecuencia−* dijo entre risas. Era bien sabido que ese era uno de los métodos de blanquear dinero usado frecuentemente. La noticia era que siempre se cobraba en la entidad en la que trabajaba Curro y, en su día, el pobre borrachín de Arturo quien penaba su buen hacer profesional. Explicó los pormenores de su historia. Nuevamente aparecía Alberto como responsable financiero en la «pomada».

De Alberto comentó que habían coincidido en el colegio e instituto, aunque eran de distinta generación. Alberto era algo mayor que él. Siempre había sido una persona legal y entrañable. Todo el mundo le tenía cariño aunque fuese por compasión. Si estaba metido en materia era por pura obligación.

Le sugirió que no se fiase de ningún policía ni guardia civil del entorno. Pocas posibilidades había de que no estuviesen tocados directamente o a través de familiares y amigos. La mayoría tenían coches de lujo que no se podían permitir con su sueldo. No era ninguna sorpresa. Estaba dentro de lo previsto.

Dejó constancia de las vinculaciones entre madereros, construcción naval, conserveros y bateas con «*la fariña*». El abanico era tan amplio que era imposible centrarse en él como primera opción. René podría seguir las operaciones bancarias si eran capaces de tirar del hilo a través de Alberto. Aquella parecía la puerta de entrada. La entrada a una estancia muy amplia, enorme.

Se despidieron. Seguirían en contacto. Al menos eso esperaba el periodista. No compartía esa opinión Zabala.

En una tienda de «souvenir» para turistas compró un mapa de la zona. Necesitaba situarse y poder entender la metodología de movimientos que se podía plantear en la zona. Lo repasaría de noche, en la habitación del hotel, para ubicar con precisión los datos y lugares de los que había tenido noticias a lo largo del día.

*¡Demasiados peleles en mi entierro! Mis amigos de juventud…*

*En realidad nunca han sido mis amigos. Se me acercaban como moscas a la miel. Ellos por codearse conmigo para que les pagase copas. Ellas para disfrutar de mi sexo e intentar «pillarme»: «la pastuca es la pastuca».*

*El imbécil de Román para vivir en mi apartamento. Eso le daba «*status»*. Pero si era un descastado sin familia. Ni dios le hacía caso. De no ser por mí no hubiese conocido a nadie. Hubiese sido una sombra. Si no sabía ni hablar con la gente. Carne de internado. Por lo menos limpiaba la casa y me hacía el «papeo». Lo de cocinar no se le daba mal. Lo suyo eran las labores de la casa. Un poco «mariquilla». Además me supuso un paraguas para las visitas de la «plasta» de mi hermana, aunque sigo sin entender que vio en él. Lo malo es que se «enchochó». Debió ser la única porque no ha« pillado» otra. La tontilla de Lelia casi pica. Menos mal que me encontró a mí para saber lo que es «un tío». Como se lo pasó la condenada aquellos días. Seguro que no ha «catado» nada similar ni lo catará el resto de su vida. Todo un privilegio que le ofrecí. La cantidad de «pajillas» que Román se habrá hecho en aquel cuartucho que tenía alquilado en la Ciudad Vieja. Se debía creer que era un secreto. Nunca hablaba de él. Un día lo vi entrar y pregunté por él. Al parecer se encerraba allí horas y horas. El que no vale para estar con la gente busca su propia cueva. Menudo tugurio para pasar la juventud, no me extraña que no se le lograse nada. ¿Qué mujer quiere estar encerrada en un miserable cuarto en un edificio medio destartalado?*

 *Curro es un mequetrefe, un bufón. Siempre con sus fiestecillas y sus gracias. Un payaso de feria. Al principio era por las copas que yo podía pagar. Al final lo que quería es que le presentase a la familia para comer de los negocios familiares. Si no le presento a Alberto se lo comen los gusanos. Para lo demás un zascandil. Ni siquiera para «mojar» ha valido. ¡Ahí lo tienes!, no hay mujer que le haga caso.*

*Mariña. ¿Qué iba a querer si no? Entrar en el mundillo de los médicos. Un puesto de trabajo en el hospital en el que yo cayese y después a la «buitrada» a ver si «pilla» a algún pardillo del oficio. Por lo menos me he cobrado los servicios, aunque la verdad es un poco delicada de más. No sabe disfrutar. Si no perfecciona la técnica no va a cazar a nadie de los de arriba. Esos están muy bregados ya y hay que ser muy buena en la cama para sorprenderles. ¡Que se aguante! Si solo vale para trabajar, eso es lo que le queda.*

*El David. Un chulillo ligoncete que quiere vivir del cuento. Pintar cuadros...no vale para otra cosa. Menudo negocio. Tuve que ir a una exposición suya porque se puso pesada Milika. Menuda chorrada. Por lo menos había canapés y copitas de cava. Los canapés lo mejor de la exposición. Pero como Milika se encaprichó en uno hubo que comprarlo. Me costó como una cirugía de las mías. ¡Manda «güevos»! Después volvió a otras exposiciones ella sola. Siempre pasaba la visa. No sé cuántas de esas mierdas tenemos en casa, ni sé lo que ha visto en sus cuadros. Supongo que compasión por alguien que, como ella, procede de una familia que no son nadie. Al final he tenido que hablar bien de él a los colegas. Que le compren y se haga famoso para que sus obras se revaloricen, si no me iba a arruinar tanta porquería colgada por las paredes del salón. El «cabrón» no ha venido al entierro. Con la «pasta» que me ha costado. ¡Perro!*

*Anita ha sido otra aprovechada. Como «tía» no tenía ni un «pase»: poco culo y menos tetas. Lo de las fotos se le daba bien, mira tú qué cosa: hacer fotos. Una eminencia. Y una desagradecida. Nos cobró un «pastón» por digitalizar y limpiar las fotos y videos de la familia. A mi madre siempre le ha chiflado retratarnos en todas las esquinas. Aún me acuerdo de aquellas fotos de la Polaroid que nos hacía de niños. Después vino el tomavistas. Después la cámara de video. Una angustia, pero hay que dejarla en algo se tiene que entretener la pobre. Toda esa colección de metralla variada que teníamos en casa se la pasé para reconvertirla en algo más moderno, de eso que hacen ahora con los ordenadores. Ha quedado «chulo». A mi madre le encantó cuando se lo entregué por su cumpleaños. Pero Anita nos metió un «estacazo» descomunal. Me devolvió las seis cajas con el material que le habíamos dado y una facturilla de miles de euros. Otra operación de las mías. Un disparate teniendo en cuenta que el producto, además, se lo facilito yo. Cobró y desapareció. A mí nunca me importó no saber nada de ella. Si hubiese« estado buena» hubiera intentado compensar la factura en «especias», pero era una sosa. La única que se acuerda de ella es la tonta de Sonia. Una tarde se puso a mirar las fotos de mamá y los montajes de Anita y se quedó «flipada». Le debieron de gustar horrores. Se puso pesadísima con verla. Supongo que para encargarle fotos de sus hijos y su marido, a ver si era capaz de hacer milagros y que el «sapo» ese con el que se ha casado salga decente en algún retrato. Ojalá que sus hijos tengan suerte y salgan a su tío, a sea a mí, y no al «zampabollos» ese. De todas formas Anita no puede obrar ese milagro. Cogió el dinero por el trabajo y desapareció. Seguro que intuía que se lo iba a cobrar a mi manera. ¡Ilusa! No tengo tanto estómago. Tampoco ha venido al entierro. Desagradecida.*